

Temario de los dos primeros libros, que sirven de preámbulo a esta historia. – Críticas de Polibio sobre los historiadores Filino y Fabio.

Ya es llegado el momento de que, abandonando estas digresiones, hablemos de nuestro asunto, y expliquemos breve y sumariamente lo que se ha de tratar en este preámbulo. La primera en orden será la guerra que se hicieron romanos y cartagineses en Sicilia. A ésta seguirá la de África, con la que están unidas las acciones de Amílcar, Asdrúbal y los cartagineses en España. Durante este período pasaron por primera vez los romanos a Iliria y estas partes de Europa, y en los anteriores acaecieron los combates de los romanos contra los celtas que habitaban Italia. Por entonces fue en Grecia la guerra llamada Cleoménica, con lo que daremos fin a todo este preámbulo y al segundo libro. El hacer una relación circunstanciada de estos hechos, ni a mí me parece preciso, ni conducente a mis lectores. Mi designio no ha sido formar historia de ellos; sólo si me he propuesto recordar sumariamente en este apartado lo que pueda conducir a las acciones de que hemos de hablar. Por lo cual, apuntando por encima los acontecimientos de que antes hemos hecho mención, sólo procuraremos unir el fin de este preámbulo con el principio y objeto de nuestra historia. De este modo continuada la serie de la narración, me parece toco precisamente lo que otros historiadores han ya tratado, y con esta disposición preparo a los aficionados un camino expedito y pronto para la inteligencia de lo que adelante se dirá. Seremos un poco más minuciosos en la relación de la primera guerra entre romanos y cartagineses sobre Sicilia. Pues a la verdad no es fácil hallar otra, ni de mayor duración, ni de aparatos más grandes, ni de expediciones más frecuentes, ni de combates más célebres, ni de vicisitudes más señaladas que las acaecidas a uno y otro pueblo en esta guerra. Por otro lado, estas dos repúblicas eran aún por aquellos tiempos sencillas en costumbres, medianas en riquezas e iguales en fuerzas; y así, quien quiera informarse a fondo de la particular constitución y poder de estos dos Estados, antes podrá formar juicio por esta guerra que por las que después se sucedieron.

Otro estímulo no menos poderoso que el antecedente para extenderme sobre esta guerra ha sido ver que Filino y Fabio, tenidos por los más instruidos escritores en el asunto, no nos han referido la verdad con la fidelidad que convenía¹. Yo no presumo se hayan puesto a mentir de propósito, si considero la vida y doctrina que profesaron. Pero me parece les ha acaecido lo mismo que a los que aman. A Filino le parece por inclinación y demasiada benevolencia que los cartagineses obraron siempre con prudencia, rectitud y valor, y que los romanos fueron de una conducta opuesta; a Fabio todo lo contrario. En lo demás de su vida es excusable

1. Aquí, como en otros varios lugares, Polibio, historiador de innegables dotes como tal y meritorio por sus anticipados conceptos de la historia y de la historiografía, teoriza sobre los principales deberes de los historiadores, y su manera de escribir la historia. Creemos de interés subrayarlo, advirtiéndole al lector acerca de la importancia de estos pasajes hasta la reanudación del relato propiamente dicho.

semejante conducta. Pues es natural a un hombre de bien ser amante de sus amigos y de su patria, lo mismo que aborrecer con sus amigos a los que éstos aborrecen y amar a los que aman. Pero cuando uno se reviste del carácter de historiador, debe despojarse de todas estas pasiones, y a veces alabar y elogiar con el mayor encomio a los enemigos, si sus acciones lo requieren; otras reprender y vituperar sin comedimiento a los más amigos, cuando los defectos de su profesión lo están pidiendo. Así como los animales, si se les saca los ojos, quedan totalmente inútiles, del mismo modo la historia, si se le quita la verdad, sólo viene a quedar una narración sin valor. Por lo cual el historiador no debe detenerse ni en reprender a los amigos, ni en alabar a los enemigos. Ni temer el censurar a veces a unos mismos y ensalzarles otras, puesto que los que manejan negocios, ni es fácil que siempre acierten, ni verosímil que de continuo yerren. Y así, separándose de aquellos que han tratado las cosas adaptándose a las circunstancias, el historiador únicamente debe referir en su historia los dichos y hechos como acontecieron. Que es verdad lo que acabo de decir, se verá por los ejemplos que siguen.

Filino, comenzando a un tiempo la narración de los hechos y el segundo libro, dice que los cartagineses y siracusanos pusieron sitio a Mesina; que pasando los romanos por mar a la ciudad, hicieron al instante una salida contra los siracusanos; que habiendo recibido un descalabro considerable, se tornaron a Mesina, y que volviendo a salir una segunda vez contra los cartagineses, no sólo fueron rechazados, sino que perdieron gran número de sus tropas. Al paso que refiere esto, cuenta que Hierón, después de concluida la refriega, perdió la cabeza de tal modo, que no sólo, puesto prontamente fuego a sus trincheras y tiendas, huyó de noche a Siracusa, sino que abandonó todas las fortalezas situadas en la provincia de los mesinos. Tal como los cartagineses, desamparando al punto sus atrincheramientos después del combate, se diseminaron por las ciudades próximas, sin atreverse a hacer frente a campo raso; motivo porque los jefes, advertido el miedo que se había adueñado de sus tropas, determinaron no aventurar la suerte al trance de una batalla. Pero que los romanos que los perseguían no sólo arrasaron la provincia, sino que acercándose a la misma Siracusa emprendieron el ponerla sitio. Todo esto, a mi ver, está tan lleno de inconsecuencias, que absolutamente no necesita de examen. A los que supone sitiadores de Mesina y vencedores en los combates, a estos mismos nos los representa que huyen, que abandonan la campaña y, al fin cercados y apoderados del miedo sus corazones; a los que, por el contrario, pinta vencidos y sitiados, nos los hace ver después perseguidores, señores del país y por último sitiadores de Siracusa. Concordar entre sí estas especies es imposible. Pues ¿qué medio, sino decir precisamente o que los primeros supuestos son falsos, o los asertos que después se siguen? Éstos son los verdaderos. Pues lo cierto es que los cartagineses y siracusanos abandonaron la campaña, y que los romanos en el acto pusieron sitio a Siracusa, y aun (como él mismo asegura) a Equetla, ciudad sitiada en los límites de los siracusanos y cartagineses. Resta por precisión que confesemos que son falsas sus primeras hipótesis, y que este escritor nos representó a los romanos vencidos, cuando fueron ellos los que desde el principio tuvieron la superioridad en los combates de Mesina. Cualquiera notará este defecto en Filino por toda su obra, e igual juicio hará de Fabio, como se demostrará en su lugar. Pero yo, habiendo expuesto lo conveniente sobre

está digresión, procuraré, tornando a mi historia, guardar siempre consecuencia en lo que diga y dar a los lectores en breves razones una justa idea de la guerra de que arriba hicimos mención.